

REFORMA SIGLO XXI

LENCHO, EL TONTO

Sus características raciales denotaban su origen. Por su sangre corría estirpe de indio. Apareció de pronto en el pueblo. Nadie tan siquiera investigó quién era, de dónde venía. Sin darse cuenta, el pueblo lo aceptó. La gente, poco a poco, sin evitarlo, se fue acostumbrando a su presencia.

—En la fonda de Doña Juana hay un loco —decían unos.

—Pero es muy jalador —decían otros.

Y así pasaron los años. Todos nos acostumbramos a ver por las calles, en el río, en la fonda a Lencho, el tonto. Unas veces cargando un tronco de mezquite, otras acarreado agua o haciendo leña. Nunca pedía nada a nadie, solamente, por momentos, paraba su caminar y echaba un vistazo al sol, así, de refilón, como no queriendo la cosa, y proseguía lo que estaba haciendo.

Muy puntual, a la hora de la comida, no fallaba. Me tocó conocerlo cuando pasaba a la escuela, sentado en el “molinete” de la esquina de don Héctor, el que hacía los mejores garapiñados del pueblo, a veces muy pensativo, sin sus risas fuera de lugar, sin hablar solo, como suelen hacerlo los que padecen alguna desviación en sus facultades mentales. En esas ocasiones se le notaba sereno, muy sereno, como si no estuviera tonto.

Tenía sus ocurrencias y ahora me acordé de una: cierta ocasión saliendo de la escuela, al pasar por una de tantas calles, nos lo encontramos cansado con un

■ ■ Anastacio “Tacho” Carrillo Guajardo*

tronco que por lo menos pesaba 90 kilos al menos. En la edad que tendríamos tanto el que escribe como mis compañeros —unos 9 o 10 años— aquel trozo de árbol nos parecía inmenso. Pues bien, estaba recargado en un poste telefónico, sudando y asesando como azogado, razón por la que un compañero le pregunta:

—¿Qué estás haciendo, Lencho, ahí paradote con ese tronconón en el espinazo?

Y Lencho riendo le contesta:

—¡Echándome un descanso pa’ seguirle!

Como de ésta, de otras situaciones parecidas me acuerdo. Cierta vez en la puerta del cine del pueblo —yo ya había crecido— se me ocurre preguntarle:



Aurora Reyes- Pintando el mural

*Nació en General Terán (1938). Ha trabajado como empleado del gobierno Estatal, así como de CONAFE y del INEA, sin embargo las ocupaciones que le han dado mayores satisfacciones son la de fotógrafo, poeta, locutor, escritor y cuenta cuentos. Es autor de diversos discos y libros sobre poesía, relatos y leyendas norestenses. Es conocido como el Cuentero Mayor. Además es Cronista Honorario de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales del Estado de Nuevo León.

—Oye, Lencho, Ahora que se murió Doña Juana, ¿dónde comes?

Y me contestó, limpiándose la saliva que le escurría por su rostro de indio:

—Ahi tá el árbol, el árbol come, el árbol no se mueve, nomás lo mueve el aigre, ¿pos yo?

Platicando con él en sus ratos de lucidez pude poco a poco ir encadenando las partes que según se acordaba había sido su vida.

—Yo soy de Tula —me dijo—. Soy maestro de las escuelas reales. Mi educación y mi materia fuerte es la lengua nacional... Yo estaba muchacho, muy muchacho y quería a la Beatriz y quería a la Graciela... La Graciela era muy endina, por nada se amuinaba, y yo también —me contaba—. Un día se me juntaron y p'os quise meter paz. La Graciela estaba haciendo unos chicharrones en un cazo y ahí'taba la lumbre y ahí'taban los leños, y los leños estaban prendidos con la lumbre —cuando decía esto pelaba los ojotes como lechuzo—. La Graciela agarró un leño. El techo de la casa era de paja, de paja de hoja de caña, me avientó el leño y el leño cayó en la paja, en el techo —al contar esto yo lo veía como si Lencho estuviera afiebrado pues hasta temblaba— y el techo prendió y la casa prendió y prendió y prendió. Como para calmarse me dijo:

—D'acá un cigarro.

Se lo di ya prendido. Se lo fumó muy lento, como queriendo... No sé: olvidar lo que me platicaba o tal vez recordarlo. Después continuó su relato:

—Me pescó la acordada y me llevaron a la cárcel, a la del pueblo y me pegaron. Me dijeron que me iban a colgar de no sé dónde, de un mezquite o de otro árbol. Yo estaba bien asustado —decía—. A luego me dijeron que ahí estaba la Graciela, la vide tras los barrotos y me traiba unas galletas betunadas, unas verdes y otras coloradas. Yo nomás la veía y se fue asina, nomás, bien amuinada, sin decirme nada. Yo me preguntaba: si no quería platicar, ¿a qué venía? Me comí las galletas betunadas, me las pase con un buche de agua, no había más, pa' en la noche comencé con mucha vasca y muchas evacuaciones y sentía que se me querían salir los ojos pa' fuera, me dolía el cerebro y todo me daba vueltas, luego los de la acordada se metieron a la cárcel y me miraban nomás. Decían muchas cosas, yo no les entendía. Nomás oía como si muchos pericos de'sos que no hablan, hicieran ruido, no entendía nada.

Yo veía al pobre Lencho desesperado, al tiempo que manoteaba y quería, me imaginaba, contarme todo junto y en un momentito. Y proseguía platicándome haciendo intermedio en su decir que si los maizales, que si las calabazas, que si los marranos gordos, dando palabras a medida que iba pasando el momento de lucidez que me permitía ir hilvanando su historia, luego me dijo:

—Después me sacaron p'al monte, y yo, tan enfermo como me sentía, me dejé llevar. Los miraba asustados, se echaban la culpa unos a otros y me soltaron y me fui por todo el camino real y llegué hasta el camino de fierro y me dieron trabajo, el capataz me mandó con dos cubetas, un palo con dos alambres pa' colgar las cubetas y un pocillo, y les repartía agua a los hombres que ponían los fierros en los tablones y a los que ponían los clavos con un martillo como talache. Un día, el capataz andaba amuinado y me pegó con el fuate y yo me amuiné también y con uno de los martillos le di por un costillar y se le veían los güesos y le voltié la carne. Me asusté mucho, corrí p'al monte y me escondí en una loma. Nomás los oía que gritaban: "¡Loco desgraciado! ¡Al rato lo alcanzamos!", y cosas así... Yo vide que no se murió, pero, a lo mejor se muere —pensé— y ¡que agarro monte! A luego, bajé por el río y me fui por toda la orilla y así fue como llegué con Doña Juana y le pedí un taco y me dijo: ¡Gánatelo! Y le rajé una leñita y le di de comer a los marranos y le bañé un caballo y me dio de comer y un rincón pa' dormir y asina me quedé con Doña Juana, y me quedé nomás.

Esto fue lo que en muchos ratos, aprovechando los de lucidez de Lencho, el tonto, quise dejar patente en este relato.

Y allá, en una tumba del panteón de Guadalupe, no en una fosa común, sino en una humilde pero no olvidada, al menos por mí, reposan los restos de un hombre, un personaje que llegó a ser parte de ese pueblo, que lo aceptó, con todo y su perturbación mental y que, por colecta de algunos y deseo de otros, recibió un entierro decoroso, allá donde la luz y las tinieblas se unen, donde la cordura y la locura no existen, donde el buen Dios nos iguala a todos, pobres y ricos, chicos y grandes, vivos y tontos, como lo fue Lencho, el tonto.